

LIBERALISMO SOCIETARIO

FUNDAMENTOS



¡Por la libertad y la solidaridad!

V 2.0

Centro de Estudios Equidad ≡

www.equidadchile.org

PRÓLOGO

Vivimos en una Sociedad mucho más compleja que aquella que lograron comprender los grandes pensadores del siglo pasado. Sin embargo, por décadas hemos seguido intentando explicarla sin dejar de aferrarnos a ideas obsoletas, temerosos de explorar y seguir caminos nunca antes transitados.

Este manifiesto es el resultado de un cambio de disposición intelectual de una generación que ha perdido el miedo a soñar y a cuestionarlo todo, atreviéndose así a proponer una nueva teoría social que sea realmente capaz de expresar las verdaderas riquezas y complejidades de la Sociedad en que vivimos.

Una generación que, con prudente inteligencia, ha decidido fundar las bases de una nueva ideología, no sólo basada en la revisión de las corrientes de pensamiento decimonónicas, sino que inspirada en la elaboración del sueño de una Sociedad utópica no impuesta mediante la fuerza.

Una Sociedad compuesta de ciudadanos integrales que han alcanzado un completo nivel de autonomía e independencia frente a toda clase de asistencia estatal. Una Sociedad horizontal donde el estado ya no se encuentre por sobre todas las demás organizaciones sociales, librándose éstas de la posición intermedia a la que se las ha relegado, desatando de esta manera todo su potencial.

Sin embargo, este manifiesto no sólo pretende decantar y organizar las ideas que impregnan el espíritu de los tiempos actuales. Tiene también como objetivo sugerir una dirección y trazar un camino que permita determinar la función social del estado en el tiempo intermedio entre la Sociedad actual y aquella que pretendemos construir.

Pero más allá de todo, esta incipiente construcción ideológica se basa en un valor esencial: la convicción de que ninguna idea es cierta porque alguien la diga o porque algún libro la recoja, incluido este manifiesto. Este documento no pretende ser otra cosa que una invitación a poner a prueba toda idea que no dé el ancho a la hora de cotejarla con la realidad, incluyendo las ideas propias.

Debemos ser capaces de conciliar la gran ambición de cambio social que nos mueve a construir un mundo mejor con la humildad de saber que estamos equivocados. Todas nuestras ideas con el pasar de los siglos serán superadas y nuevas teorías serán elaboradas para corregir nuestros errores, pero habremos contribuido en el camino a enriquecer el acervo científico y cultural de la humanidad. Por esta razón, lejos de plantearse como una respuesta definitiva, este manifiesto no pretende ser otra cosa que un simple puntapié inicial.

Alexandro Cea, Valparaíso, 2016

LA DESCENTRALIZACIÓN SOCIAL

Hemos aceptado e interiorizado la idea de que el estado debe proveer educación, salud y otros tantos mínimos sociales de los que el ciudadano común debe verse obligado a depender, mediante un sistema que perpetúa la incapacidad de las familias de proveerse de manera autónoma estos bienes sociales. Todo lo resolvemos en último término recurriendo a la idea de un ciudadano dependiente de la asistencia estatal, anulando de paso la autonomía de las asociaciones y comunidades libremente generadas.

Cada vez que nos enfrentamos a problemáticas sociales intuitiva e inconscientemente somos guiados a la solución estatal, corroyendo con ello la iniciativa y el emprendimiento propios de las relaciones de cooperación y solidaridad que son las bases indispensables para una civilización humana, libre y desarrollada.

El debilitamiento de las estructuras sociales y la atomización del individuo son las bases fundamentales de la expansión del estado moderno. Es éste el que propicia, para asegurar su poder, la construcción de sociedades vacías de comunidad, formadas por personas con vínculos familiares superficiales, carentes de lazos robustos con otros seres humanos. Es éste el que ha guiado al pueblo amablemente a una generalizada dependencia de sus políticas públicas.

Todos los recursos, todas las atribuciones, todas las herramientas para la solución de problemas públicos han sido arrebatados del ciudadano común, reduciendo al mínimo todo espacio de poder cívico en la Sociedad. Juntas de vecinos, fundaciones, cuerpos de bomberos, colegios, clubes deportivos, iglesias, asociaciones de emprendedores y comerciantes; todos intentan hacerse camino frente a las trabas, barreras de entrada y desincentivos de un estado que pretende ser el gran y único garante de derechos sociales ofrecidos a cambio de una población permanentemente dependiente de ellos.

Pero hemos despertado, y no sólo nosotros lo hemos hecho. Desde comienzos de este siglo la Sociedad completa ha comenzado a abrir los ojos. Gracias a los avances tecnológicos y las herramientas que han sido puestas a disposición de la humanidad tras la revolución digital estamos más interconectados que nunca, y hemos comenzado a descubrir las potencialidades de la asociatividad libre.

El empoderamiento ciudadano ya se respira en el aire y poco a poco se desliza la idea de acabar con el gigantismo estatal y retornar a la escala humana. Retornar a ese nivel en que los seres humanos pueden entenderse y conocerse mutuamente. Ese nivel en que pueden hacerse cargo, como protagonistas, de las soluciones a los problemas de sus comunidades desde la asociatividad y la fraternidad.

Probablemente gracias a este incipiente despertar es que hoy se han levantado con fuerza banderas de descentralización del estado como causa común a miles de personas que en otras materias pueden incluso estar a años luz de construir consensos. La descentralización es una causa que hoy comienza a permear en todo el espectro político.

Sin embargo, es una idea de descentralización mutilada e incompleta, pues se encuentra reducida a la transferencia de recursos y atribuciones desde el nivel central del estado al mismo estado en las regiones y provincias. Y de poco sirve a la Sociedad una descentralización meramente estatal. Hoy la verdadera revolución social depende de una auténtica descentralización social.

Ésta sólo puede llevarse adelante a través del desprendimiento de los recursos y atribuciones del estado ya no en favor de sí mismo, sino en favor de todo el espectro de organizaciones que conforman la Sociedad. El estado debe asumir un rol generador de posibilidades de cambio, renunciando a su monopolio en la gestión de los servicios públicos y empoderando a los ciudadanos y sus organizaciones en la solución de las problemáticas sociales.

Y empoderar no es incentivar a la población a salir a las calles a exigir del estado la satisfacción de sus necesidades, como lo entendieron algunos revolucionarios de siglos pasados. Si no que entregar las herramientas necesarias para que los propios ciudadanos puedan hacerse cargo tanto de sus propios problemas como de los de sus familias y comunidades, alentándolos a alcanzar una verdadera autonomía económica y social respecto de la asistencia estatal.

De esta forma, el éxito de toda política pública no puede estar dado por el número de personas que abarca, sino por el número de personas que deja de depender de ella. Este es el camino para hacer retroceder al estado a la posición que le corresponde en la Sociedad no por mera convicción ideológica, sino por haber logrado que éste deje de ser necesario.

Debemos descentralizar la gran administración. Debemos ayudar a los ciudadanos a recuperar el control de sus barrios, reconquistar la gestión de sus comunidades y reasumir sus propias responsabilidades frente a la Sociedad. Y para esto no proponemos simple maquillaje, sino que la más grande y más dramática redistribución de poder desde las elites políticas al ciudadano común.

Pero tomar el valor de escoger este camino no es suficiente. Es necesario además actualizar la teoría que utilizamos para comprender el funcionamiento de la Sociedad, así como también ampliar nuestra visión y comprensión respecto del propio ser humano. Sólo de esta forma podremos comenzar a trazar el camino a la construcción de una verdadera utopía no impuesta desde el estado, sino que conquistada a paso constante desde la Sociedad.

LA SOCIEDAD HORIZONTAL

Durante más de tres siglos hemos intentado comprender la Sociedad desde una perspectiva vertical, situando al estado omnipresente por sobre toda otra forma de organización social. Hoy no somos capaces de entender el dinero, la justicia ni el derecho sin que exista un estado que los proporcione, olvidando que nunca en la historia de la humanidad alguna organización social ocupó semejante posición, sino hasta el desarrollo del estado-nación en la época moderna.

Es con el estado-nación que nace la idea de una completa superioridad y soberanía del estado por sobre toda organización social dentro de sus fronteras. Desde su creación se han llevado a cabo esfuerzos incansables por homogeneizar en nombre de la “nación” a toda la población dentro de su territorio, desplazando y aplastando a comunidades, tribus, ciudades libres y organizaciones locales.

Una bandera, un himno, un jefe de gobierno, un parlamento, un banco central, una moneda, una cultura, una tradición y un idioma. El derecho común basado en la romanística y la costumbre local se codifica, la emisión de dinero se monopoliza, la educación se estandariza.

Un sinnúmero de generaciones han creado de esta manera en sus estructuras mentales una representación de Sociedad en la que todas las organizaciones libremente generadas se ubican necesariamente en una posición intermedia entre el estado y la persona humana, como si ello derivara de su propia naturaleza. Esta idea es recogida y reiterada sin mayores reparos por la mayoría de las ideologías y corrientes de pensamiento de los últimos siglos, hasta ser adoptada por el gremialismo chileno durante el siglo XX.

Y el gremialismo, finalmente, se ha convertido en la corriente de pensamiento absolutamente hegemónica por casi medio siglo entre todos aquellos que se oponen o que simplemente son indiferentes a las ideas socialistas. Por esta razón, resulta central comprender cómo es que esta doctrina ha llegado a proponer de manera tan categórica la idea de una despolitización total de la Sociedad.

Pues éste no sólo hereda la visión vertical de Sociedad sino que desarrolla una teoría en la que todas las sociedades intermedias que se sitúan entre la persona y el estado deben cumplir con la finalidad propia y específica de cada una de ellas, evitándose la instrumentalización que pudiera intentar alguna de estas organizaciones por sobre otra. Clasificando, además, estas organizaciones intermedias en “políticas” y “no políticas”, debiendo las primeras situar su acción exclusivamente a nivel del estado sin intervenir en el desarrollo de las actividades de las segundas.

De ello se deriva un amplio rechazo a la politización por considerarse necesariamente una forma de instrumentalización de las organizaciones políticas respecto de las organizaciones no

políticas. De esta manera, incluso contrariando una realidad evidente, el gremialismo nos ha convencido de que la política sólo apunta a la conducción del estado y que ésta debe desarrollarse sólo en aquellas organizaciones cuya naturaleza es política, como un instituto o un partido político.

De allí que durante mucho tiempo hayamos estimado que toda forma de politización al interior de una organización no política es necesariamente una forma de instrumentalización que la desvía de sus fines naturales. Sin embargo, esta explicación retrógrada se ha mostrado incapaz de explicar las verdaderas complejidades de la Sociedad.

Si bien es cierto al interior de cada estado hay organizaciones políticas que sitúan su acción a nivel de la conducción del mismo intentando hacerse de su gobierno, esto ocurre también al interior de todas las demás organizaciones sociales. No existe una división entre organizaciones intermedias políticas y organizaciones intermedias no políticas, puesto que al interior de toda organización humana existen fuerzas políticas, más o menos organizadas, que buscan gobernarlas. Todos los procesos que se dan en estos contextos son tan políticos como los que se dan a nivel del estado.

Por esta razón, se hace necesaria una nueva teoría social que aborde el estudio de la Sociedad de una manera horizontal, permitiéndonos comprender las verdaderas complejidades de la realidad humana. El estado no es otra cosa que una organización social más entre todas las demás. El *primus inter pares* si se quiere, debido al monopolio que ostenta respecto del uso de la fuerza, pero en una relación de coordinación y no supraordenación respecto de las demás organizaciones que conforman el tejido social.

Todas las organizaciones autónomas, incluyendo al estado, son organizaciones sociales con fines determinados. Sus fines nunca son políticos, por lo que no caben distinciones de aquel tipo. Es al interior de cada una de estas organizaciones autónomas que existen siempre organizaciones políticas. Estas organizaciones políticas no son autónomas, porque dependen de la organización a la cual pertenecen, en cuyo interior existen y se desenvuelven.

Pero las organizaciones políticas no son las únicas organizaciones que existen al interior de cada organización social, sino que también están las organizaciones gremiales. Las organizaciones políticas tienen por finalidad disputar el gobierno de la organización a la que pertenecen, mientras que las organizaciones gremiales tienen por finalidad representar los intereses de aquellos que la conforman frente a la organización en cuyo interior existen, sea quien sea que la gobierne; e incluso frente a otras organizaciones de la Sociedad.

Así, al interior de un estado existen organizaciones políticas como los partidos políticos, pero también organizaciones gremiales como las asociaciones de funcionarios públicos. Del mismo modo, en una universidad existen fuerzas políticas como las organizaciones de académicos que buscan

gobernalarla y organizaciones gremiales como los sindicatos o las federaciones estudiantiles. Esta realidad se repite en cualquiera sea la clase de organización humana de la que se trate.

Sin embargo, con lo desarrollado hasta aquí no alcanzamos a comprender la existencia y la posición en la estructura social de un movimiento político universitario, pues para lograrlo debemos dar un paso adicional. Éste consiste en descubrir que una organización gremial o política puede igualmente albergar en su interior a organizaciones que intenten hacerse de su gobierno o que intenten representar intereses frente a ella. Es decir, la sub-estructura puede repetirse en un nuevo nivel.

Una organización política, como un partido político al interior de un estado, puede a su vez tener sindicatos de trabajadores que buscan representar sus intereses laborales frente al mismo, o facciones organizadas que buscan gobernarlo. Una organización gremial, como una federación de estudiantes al interior de una universidad, puede tener al mismo tiempo una organización gremial en su interior, como un sindicato de trabajadores contratados por la federación, u organizaciones políticas que busquen gobernarla. Estas últimas son las que toman forma de movimientos políticos universitarios, tal como los conocemos.

Analizado a la inversa, un movimiento político universitario es una organización política al interior de una federación de estudiantes, por lo que tiene como finalidad conseguir gobernarla. Una federación de estudiantes es una organización gremial al interior de una universidad, por lo que tiene como finalidad representar los intereses de los estudiantes afiliados a ella tanto frente a la misma universidad como frente a otras organizaciones sociales. Finalmente, una universidad es una organización autónoma que tiene una finalidad propia y determinada, que no depende de ninguna organización superior para existir.

El gremialismo del siglo XX construyó sobre la base de una visión vertical de Sociedad, limitada e incompleta, una teoría social desde la cual se hace imposible comprender las verdaderas potencialidades de un tejido social empoderado, interrelacionado y autónomamente politizado. Tanto la obsoleta concepción de “cuerpos intermedios” como la superficial confusión entre “politización” e “instrumentalización” deben ser categóricamente superadas.

La primera porque a ninguna organización social le corresponde una posición intermedia respecto del estado, salvo a los organismos menores de éste mismo. Y la segunda porque la política, así como las ideologías y doctrinas que la inspiran, no sólo deben situar su acción al nivel de la conducción del estado sino que a nivel de la conducción de absolutamente todas las organizaciones humanas; sin perjuicio de hacerlo siempre respetando la función propia y la autonomía de cada institución, permitiendo de esa forma el fortalecimiento, el enriquecimiento y el funcionamiento coordinado de la Sociedad.

Porque ciertamente la Sociedad funciona mejor cuando las instituciones funcionan de acuerdo a las finalidades que les son propias. Toda organización humana es creada para cumplir cierta finalidad específica establecida en sus estatutos, de manera que tales funciones se convierten en la razón de su existir. Es en consideración a tales fines que las personas libremente se afilian a una asociación, invierten en determinada empresa o donan a determinada fundación.

Si bien es cierto que toda organización puede desarrollar funciones accesorias de acuerdo a la visión política de quienes la gobiernan o a la necesidad de enfrentar situaciones contingentes, el límite está en que el desarrollo de tales actividades no puede significar el abandono de la o las funciones principales establecidas en sus estatutos. Pues una Sociedad cuyas organizaciones comienzan a desarrollar funciones ajenas descuidando las propias es una Sociedad que deja de funcionar siquiera. Y una Sociedad que no funciona deja de ser capaz de evitar ser cooptada por el estado.

De esta idea final, que podemos denominar funcionalismo, deriva nuestra oposición a la instrumentalización institucional de unas organizaciones por sobre otras y nuestra sólida defensa de las autonomías sociales. Y desde esta misma idea es que promovemos la existencia de un tejido social fortalecido por organizaciones que descentralizan cada vez más sus funciones en otras, enriqueciendo la Sociedad mediante el incremento de la variedad de sus componentes. Cada organización colaborando desde las tareas que le son propias y desconcentrando a su vez en otras los asuntos relacionados con aquellas materias que les son más ajenas.

EL HOMO SOCIALIS

Con el advenimiento de la era de la información, los viejos valores que arrastramos de siglos pasados han comenzado a quedar atrás, dando paso a nuevos valores imbuidos de una tendencia natural hacia la colaboración y la asociatividad. La Sociedad está cambiando porque las personas están cambiando. Tímidamente las nuevas generaciones han comenzado a transformar el valor del tener por el del ser, el yo por el nosotros, la jefatura por el liderazgo, la jerarquía por una redarquía distribuida y la rutina por la creatividad.

Las antiguas visiones de corto plazo enfocadas en la obtención de resultados han comenzado a mutar en visiones de largo plazo donde los caminos recorridos comienzan a importar más que las metas y las personas más que los productos. Los modelos de producción han comenzado a centrar su foco en el capital humano y la sustentabilidad. Son los nuevos paradigmas de una nueva era.

En este contexto, la antigua y restringida visión del ser humano observado como *homo economicus*, desde la que se ha analizado el comportamiento social en los últimos siglos, ha dejado de dar el ancho para explicar la verdadera complejidad de las relaciones humanas. Lejos de ser meros agentes tomadores de decisiones económicas, o meros individuos de una especie, los seres humanos son personas dotadas de una libertad integral y de enormes potencialidades para ejercerla.

Debemos comenzar a realizar los esfuerzos necesarios para comprender realmente la intrincada variedad de motivaciones que llevan a cada persona a tomar decisiones, a relacionarse y desenvolverse en la Sociedad. Pues no sólo intereses económicos mueven al ser humano, ni sólo intercambios económicos explican la Sociedad.

Mucho menos es el mercado el único espacio de encuentro libre y espontáneo entre personas. Las relaciones económicas no son más que una clase de relaciones en un universo de posibilidades de interrelación en que hombres y mujeres comparten creencias, valores, emociones, metas y proyectos de vida. Gran parte de ellas completamente alejadas de cualquier posibilidad de valoración económica fijadora. El mercado no es más que una plataforma de intercambio libre entre otras tantas que dan forma a la Sociedad.

Hablamos de personas como seres humanos íntegros, con toda la compleja realidad interior que ello significa reconocer. Y estos no existen de manera aislada, sino que insertos en comunidades y asociaciones, cada vez más conscientes del entorno en el que se desenvuelven. Frente a esta realidad es que aparece una nueva y más amplia concepción liberal del ser humano: el *homo socialis*.

Nos agrupamos en Sociedad con la finalidad de generar condiciones para posibilitar el máximo el desarrollo de nuestras potencialidades, tanto en el desarrollo de nuestro bienestar material y económico, como en el desarrollo de las ciencias y de las artes, de nuestra cultura y nuestra espiritualidad. De allí que declaramos que el ser humano, comprendido integralmente, es y debe ser el centro de la Sociedad.

A diferencia del humanismo comunitarista, que asigna a las asociaciones y comunidades un valor moral superior a las personas que forman parte de ellas, nuestro humanismo societario entiende que la finalidad propia de la Sociedad es maximizar las oportunidades para que cada uno de quienes la conforman puedan alcanzar su más plena realización personal posible. Es el servicio al ser humano la razón subyacente a la existencia de la Sociedad y, consecuentemente, a todas las organizaciones que la conforman.

Es en este proceso de búsqueda del desarrollo de las propias potencialidades que cada persona se vuelve cada vez más capaz de alzar la vista hacia una comprensión más completa y profunda del funcionamiento de la Sociedad en su conjunto. Es a través de esta búsqueda que la humanidad, hoy más que nunca, tiene la posibilidad de generar un rotundo quiebre con la individualización deshumanizante que arrastramos hasta nuestros días desde la era industrial.

Se trata de una concepción de la persona considerada como la simple pieza de una máquina destinada a aportar una función específica en la cadena productiva, desincentivándose toda otra actividad que pudiera desconcentrarla disminuyendo su productividad. Esta es la especialización mutiladora de la integralidad de la persona que estamos llamados a superar.

Debemos promover la construcción de una Sociedad compuesta de ciudadanos integrales dotados de una visión de mundo cada vez más amplia, pues de ello depende el robustecimiento de la Sociedad misma frente al estado. El ser humano naturalmente tiende a temer aquello que no comprende, a regular y prohibir aquello a lo que teme y a conceder al estado los instrumentos de represión que resulten necesarios para reducir la sensación de inseguridad. Por esta razón, mientras más completa sea la comprensión de los ciudadanos respecto del funcionamiento del mundo y mayor la participación de cada uno de ellos en las distintas organizaciones, menor será el temor y mayores las oportunidades susceptibles de ser creadas.

Hemos afirmado que es favorable a la Sociedad el incremento de la variedad de organizaciones donde cada una de ellas lleve a cabo funciones más específicas, descentralizando en otras aquellas que les resultan más ajenas. Sin embargo, la contraparte complementaria radica precisamente en la promoción de una ciudadanía cada vez más capaz de participar en diversas asociaciones y comunidades. Se trata de un mismo ciudadano desarrollando diversas funciones sociales en diversos espacios, recogiendo para su propia formación distintas visiones y realidades, pero a la vez respetando siempre la función propia y la autonomía de cada una de las organizaciones de las que forma parte.

Pero no sería posible promover seriamente la figura del ciudadano integral, u *homo socialis*, sin las herramientas y oportunidades que nos han sido puestas a disposición en esta nueva era de la información. La robótica y la inteligencia artificial han comenzado a desplazar millones de tareas poco enriquecedoras para el desarrollo personal que eran llevadas a cabo mecánicamente por hombres y mujeres del pasado.

Hoy tenemos la posibilidad única de delegar en máquinas y computadoras funciones que antes requerían del emblema de la especialización de la época industrial: el proletario. Hoy enfrentamos una real posibilidad de superar este resabio deshumanizante para dar paso a una Sociedad donde cada vez más ciudadanos puedan gozar del tiempo necesario para avocarse a los asuntos más elevados de la vida.

Ya no desde el estado sino desde la Sociedad, y desde las miles de organizaciones que la conforman, quienes nacimos en esta nueva era y somos capaces de comprender sus fuerzas sabemos que es posible eliminar al proletariado dando paso a auténticos ciudadanos que puedan dedicar parte de sus días a la ciencia, la cultura, la innovación, el deporte, la filosofía o la política. Y muy especialmente la política.

En esta nueva era estamos llamados a acabar con la clase política. Porque su existencia radica en un conjunto específico y reducido de personas dedicada de manera exclusiva a esta actividad como profesión. Una clase política separada del resto de ciudadanos, una sociedad política separada de la sociedad civil. Pero la política no debe ser la profesión de algunos.

Debemos acabar con la clase política, primero, porque hemos entendido que la política no sitúa su acción sólo a nivel del estado sino que se desarrolla al interior de todas las organizaciones de la Sociedad. Y, segundo, porque todos y cada uno de los ciudadanos están llamados a participar activamente en la política al interior de las organizaciones de las que forman parte, incluyendo al estado.

El ser humano concebido como átomo aislado en una gran masa de átomos indiferentes, cada uno entendido como engranaje de una máquina productiva, debe ser superado en pos de una concepción de ciudadanos integrales, de formación amplia y visión completa del conjunto social. No existe, ni debe existir, una sociedad política y una sociedad civil separadas la una de la otra, sino que una sola Sociedad de ciudadanos activamente participe.

Es la espontánea colaboración interdisciplinaria la que nos permitirá descubrir las verdaderas potencialidades de la solidaridad y la asociatividad. Este es el camino para romper con los paradigmas de siglos pasados constituidos por individuos expectantes de revoluciones que exigían de la clase política la satisfacción de necesidades sociales, para construir un nuevo paradigma donde los ciudadanos tomen el protagonismo en todos los frentes haciéndose cargo de la construcción de la Sociedad del mañana.

EL SOCIETARISMO

Hemos pasado siglos sin atrevernos a soñar con una Sociedad por la cual luchar, acobardados frente a la posibilidad de que la construcción de una utopía nos hiciera perder el camino haciéndonos caer en la tentación de intentar materializarla desde la imposición estatal. Temerosos, hemos preferido la comodidad de las ideas sin dar paso a la construcción de verdaderos ideales, aun cuando es desde los ideales que emana la fuerza necesaria para cambiar el rumbo de la Sociedad trascendiendo a generaciones enteras.

Es tiempo de crear un propósito que enseñe el camino hacia un futuro utópico no impuesto mediante la fuerza. Hoy, más que nunca, las condiciones son propicias para la construcción de una nueva etapa en la historia de la humanidad en la que el estado reduzca su actual omnipresente existencia a través de la descentralización y redistribución social de sus potestades en pos de la autonomía de cada ciudadano y de cada familia frente al estado.

Hemos afirmado que en la Sociedad cada organización debe cumplir una finalidad propia y específica, y lo cierto es que de esta afirmación no se escapa el estado. Éste ha sido creado con la finalidad de mantener el monopolio de la fuerza para evitar el uso arbitrario de ella entre las personas y demás organizaciones. La función del estado es resguardar el orden público para un desenvolvimiento justo entre quienes participan y se desenrollan en la Sociedad.

Hoy, no obstante, lejos de enfocarse en su tarea de árbitro imparcial, el estado ha tomado puesto de jugador en casi todas las actividades y ámbitos de la vida social, arrebatando a los ciudadanos toda posibilidad de gestión en los servicios públicos. Lejos de generar las condiciones para el trabajo coordinado y colaborativo entre las organizaciones sociales, se ha posicionado por sobre todas ellas asfixiando el verdadero potencial de la Sociedad. Sin embargo hemos despertado, encontrando un camino en la descentralización social.

Pero hacer retroceder al estado no es nuestro fin. El estado mínimo no es más que una consecuencia circunstancial de nuestro verdadero propósito. La razón por la que dedicamos parte de nuestras vidas a luchar por la redistribución social de las atribuciones del estado es la construcción de una Sociedad donde la educación, la salud, la vivienda, el transporte y todos los demás mínimos sociales necesarios para el fructífero ejercicio de la libertad de los ciudadanos estén completamente garantizados al mejor nivel posible para todos. Pero no porque el estado los garantice.

El ideal que nos inspira es construir el Societarismo como sistema económico y social, permitiendo de esta forma un nivel de equidad en que todos quienes integren nuestras comunidades logren un desarrollo personal que les permita producir en favor del resto de los

ciudadanos lo necesario para asegurar el nivel de ingresos suficientes para hacerse cargo de sus necesidades y las de su familia. El sueño por el que luchamos es la auténtica independencia de cada familia frente al estado y, por consiguiente, la completa autonomía del pueblo respecto de toda asistencia estatal.

Alguna vez la humanidad se encontraba sumida en una carencia tal que el alimento para evitar la hambruna era la lucha de pueblos enteros que reclamaban al estado el derecho al pan como mínimo social garantizado para toda la población. Hoy, un par de siglos después, el pan se encuentra garantizado para todos en gran parte del mundo moderno, sin que exista estado alguno que deba garantizarlo. Cada familia en nuestros días es capaz de proveerse mucho más que pan, aunque por supuesto mucho menos que lo necesario para abandonar toda asistencia del estado.

Este nivel de bienestar, que puede parecer tan básico en los días de hoy, era el gran sueño inalcanzable para el ciudadano común de épocas pasadas. Por la misma razón, no soñamos ni luchamos hoy para nuestra propia generación, sino para la generación que los hijos de nuestros hijos traerán a este planeta. Hoy debemos desarrollar ideales precisamente porque aquel que los promueve puede ser detenido, muerto u olvidado; pero cuatrocientos años más tarde los ideales aún pueden seguir cambiando el mundo.

El sueño de una Sociedad horizontal formada por ciudadanos integrales que han alcanzado la autonomía de sus familias frente al estado mediante el desarrollo de sus potencialidades a través de las fuerzas innovadoras de la colaboración, la asociatividad y la solidaridad comienza a trazarse en el horizonte. Es el sueño de una Sociedad que provee, desde la riqueza de todas sus organizaciones trabajando en conjunto, mínimos sociales garantizados para toda la población. Una Sociedad donde el estado ha podido replegarse a su función de resguardo del orden público dejando de ser necesario en todo lo demás.

Es un sueño que parece lejano pero que esboza el camino a seguir. Si bien el estado encuentra su función propia y específica en el resguardo del orden público, durante el tiempo intermedio entre nuestros días y aquella Sociedad que anhelamos construir el estado debe cumplir una función social adicional: entregar los recursos y herramientas necesarias para empoderar a cada comunidad, a cada familia y a cada ciudadano, haciéndose de este modo a sí mismo cada vez menos necesario. Toda política pública en una dirección distinta debe ser rechazada.

Y no debemos detenernos en las fronteras de nuestro propio estado. Debemos proyectar estos ideales a toda Latinoamérica y el mundo entero, en la construcción de una auténtica aldea global donde la solidaridad, la cooperación, la innovación y la interconectividad sean las fuerzas que derrumben barreras y gobiernen el mundo. El objetivo histórico de alcanzar la equidad social depende hoy de la existencia de jóvenes idealistas dispuestos a revisar y reformar sin temores lo establecido a la hora de pensar y proponer el mundo del mañana.